

Reflexiones a cinco años de la revuelta

¿Por qué “aquel octubre” odió a los partidos políticos?

por Oscar Ariel Cabezas*

La revuelta del 18 de octubre, hace cinco años, opuso la memoria viva y épica de las luchas sociales a una enmohecida clase política. La misma clase que había reproducido el orden neoliberal tuvo que ceder a la presión del espíritu de octubre y superar la mezquindad de la política del consenso.

Múltiples analistas, siguiendo la tradición de opinólogos liberales, han camuflado su condición de intelectuales neoliberales en la hipostasis de la importancia que tiene construir hegemonía. En la interpelación a Antonio Gramsci reducen la hegemonía a los siguientes conceptos: consenso y coerción. En esta operación teórica *a priori* se orientan los intelectuales que defienden los valores de la democracia. ¿Puede hoy la revuelta y la complejidad de un país modélico en la inscripción del más salvaje de los capitalismo reducirse a los conceptos de consenso y coerción? Ciertamente no. La revuelta se vivió como la experiencia acontecimental y heterogénea de una protesta social inédita e incommensurable con aquellas que se dieron durante la dictadura de Pinochet.

Consenso y coerción

La explosión transversal de voces y la expresividad artística, cultural y política del malestar en el “oasis neoliberal” no podrían reducirse a la coerción del Estado y a la terrible vocación de los partidos políticos por el consenso. Toda la historicidad de la consigna “no son 30 pesos, sino 30 años” expresó el fracaso de la transición a la democracia y de los oscuros pactos que se realizaron en nombre del consenso. En la izquierda tradicional y gubernamental no ha habido política gramsciana, pero sí, uso y circulación, de que el Estado policial debe organizarse a través del consenso y la coerción para contener la potencia de movimientos que desestabilicen el orden de las oligarquías nacionales y transnacionales.

Esto explica que el espíritu del “octubre aquel” no tuvo referentes en los alicaídos partidos políticos de la izquierda de la coerción y el consenso. El espíritu de la revuelta, la esencia de su expresividad, no fue -como lo ha pensado Carlos

Peña y también Nelly Richard- ni incendiaria, ni delincinencial. Aunque sin duda hubo incendios y saqueos, no sabemos con certeza si los actos vandálicos fueron o no orquestados desde la propia interioridad policial del Estado. Lo cierto es que la esencia de la revuelta fue su anti-militarismo, su desprecio a la guerra, su sensibilidad con la crisis del cambio climático, su solidaridad con las disidencias, su amor al pueblo mapuche y su indignación con las injusticias en todo el ámbito de las estructuras de la institucionalidad de Chile (salud, vivienda, educación, recreación, jubilación). La revuelta fue el acto legítimo de la desobediencia civil como límite a la captura de la vida social y de las instituciones sociales en las cápsulas de apremio y humillación.

Desobediencia civil

La revuelta rechazó la gobernabilidad fundada en la ilegitimidad del golpe militar de 1973 y la Constitución de 1980 que el consenso y la coerción del sistema de partidos políticos han defendido desde los pactos oligárquicos de la transición. La captura de la vida social en la administración neoliberal sólo ha producido privilegios para pequeños sectores de la población y endeudamiento basado en el patrón de acumulación de los bancos y el sistema financiero planetarizado. Esta es una de las verdades que explica que la revuelta se transversalizara y encontrara en la desobediencia civil un rechazo profundo a los partidos políticos. En Chile, la actualidad de los partidos políticos está asentada en el violento asentamiento y en la militarización de Chile que comenzara el 11 de septiembre de 1973 y continuara a través de la Constitución de 1980, prolongándose en la forma política de la democracia del consensuado en el actual gobierno del Frente Amplio y Gabriel Boric.

La revuelta no tuvo ninguna inspiración en ideologías partidistas ni tampoco en filosofías anti-partidos políticos. Su rechazo a la clase política ocurre como efecto del desgaste y agotamiento de los partidos políticos. Y este rechazo no tiene inspiración en la filósofa Simone Weil, quien escribiera un importante ensayo en 1943 titulado “Notas sobre la supresión de los partidos políticos”. Tampoco en la filosofía de la deconstrucción de Jacques Derrida, quien en *Ecografías de la televisión* percibe que el sistema de partidos políticos estaba llegando a una extenuación. No hay rastro de inspiración en el Pierre Clastres de *La sociedad contra el Estado*, ni en el libro de Catherine Malabou donde el anarquismo es revisitado como una filosofía

desatendida por los estigmas generados hacia ella. Tampoco es cierto que el filósofo italiano Giorgio Agamben, a través de sus satélites chilenos, condujera la revuelta en nombre de la potencia destituyente o que militantes de *La primera línea* defendieran la protesta social con los libros de Didi-Huberman y un puñado de luciérnagas bajo el brazo, ni menos aún en nombre de una subrayada lectura de *Espartakus. Simbología de la revuelta* del importante mitólogo Furio Jesi.

Cultura en redes

Si bien todas estas filosofías hoy aportan a la comprensión de los enigmas de la revuelta social de “aquel octubre”, los saberes proscribidos, los saberes no-institucionalizados, la acumulación de luchas sociales, las huellas y los indicios de un por-venir más allá del emprendedor, fueron de la más absoluta creación de la pluralidad de mundos dispuesta a desobedecer. ¿Pero, desobedecer para qué? Para que la dignidad se hiciera una costumbre. Ilustración a partir de saberes acumulados en los anaqueles del propio mercado de consumo y de una cultura que ya no es de masas, sino más bien, cultura en redes y comunicación en colectivos, de a dos, de a tres, de a diez en los que la molécula del emprendedor individuado se restaba, por sustracción, como diría Alain Badiou. En la sustracción de la individuación del ciego y natural emprendedor, siempre asediado por sacrificio neoliberal, se produjo una singular e inédita expresividad ilustrada-ni moderna ni postmoderna- sino colectiva, fundada en el arte del ingenio y la crea-

tividad opuestos a la naturaleza y el narcisismo del emprendedor. Esa Ilustración radical, mestiza, híbrida, disidente, transculturada, radicalmente heterogénea, contó y cantó sus propias narrativas. No necesitó de la “ciudad letrada” ni de los “intelectuales orgánicos” de las élites acomodadas en universidades privadas, prefirió las imágenes del “perro aquel”, la bandera mapuche y los afectos antipatriarcales de los movimientos feministas y ecológicos como estandartes del rechazo a lo normado y controlado, especialmente, por los partidos que reproducen el orden neoliberal.

La revuelta actualizó el pasado de la Unidad Popular en un Allende florido y medio *queer*, descartó la trama del victimismo del negocio cultural de La Moneda en llamas y habitó las imágenes de los Pokémon, de los videojuegos y cine de “cabritas”, produciendo la saga de los *Aven-gers* y epopeya de *La primera línea de defensa de Chile*. La pulsión de vida de la revuelta se expresó contra el sistema de partidos políticos y el fracaso de la democracia en la gestión del Bien Común: pues, qué otra cosa podía significar la consigna “no son treinta pesos, sino treinta años”. Quizá sea hora de pensar en ese vínculo gramsciano entre el odio a los indiferentes y el odio a los partidos políticos, si aún deseamos *otro Chile con otro Estado y otras instituciones republicanas*. ■

*Doctor en Filosofía con mención en Estudios Latinoamericanos (Duke University). Profesor Asociado del Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile.